



RIQUEZA: ¿PRODUCIR O DISTRIBUIR?

Reproducimos al respecto el punto 6 del cap. I de *Antropología cristiana y economía de mercado*, de Gabriel J. Zanotti (Unión Editorial, Madrid, 2011).

6. La escasez

A pesar de ser un supuesto básico de la economía, como actividad y como ciencia, es habitualmente olvidada por una supuesta obviedad que de obvia tiene muy poco.

Desde muchos textos de economía se dice que un bien es escaso cuando su cantidad es menor que las necesidades que hay de él. Ello no está mal, pero puede dar la imagen de que los bienes están “dados”, e introduce un problema en torno a la naturaleza de las necesidades humanas.

Para aclarar estas cuestiones, vamos a recurrir a un texto de Santo Tomás. No acostumbramos utilizar a Santo Tomás para cuestiones de economía, pero en este caso, dados los objetivos del trabajo la universalidad del concepto que vamos a utilizar, lo haremos. El contexto es la sociabilidad natural del ser humano dentro del debate sobre las leyes y el libre albedrío, contra el determinismo astrológico¹. El texto es el siguiente: “...El hombre es por naturaleza un animal político o social; cosa que ciertamente se pone de manifiesto en que un sólo hombre no se bastaría a sí mismo, si viviese solo, en razón de que la naturaleza en muy pocas cosas ha provisto al hombre suficientemente, dándole una razón por la cual pueda procurarse las cosas necesarias para la vida, como ser el alimento, el vestido y otras semejantes, para obrar todas las cuales no basta un solo hombre; por lo cual ha sido naturalmente dispuesto que el hombre viva en sociedad”.

Analícemos lo siguiente: “...la naturaleza”..... ¿A qué naturaleza se refiere Santo Tomás, que “...en muy pocas cosas ha provisto al hombre suficientemente”? Es de suponer que a la naturaleza física creada por Dios, y sabemos, como ya hemos dicho, que uno de los grandes “novedosos recuerdos” del aristotelismo cristiano de San Alberto Santo Tomás es considerar a esa naturaleza como totalmente buena al estar creada tal por Dios. Por ende, si esa naturaleza *en relación a lo humano* es escasa, no se puede decir que esa naturaleza como tal es un mal y por ende la

¹Santo Tomás de Aquino, *Suma Contra Gentiles*, *op.cit*, Libro III, cap. 85.



escasez, así considerada, no es un mal: es una condición natural de la humanidad, en estado de naturaleza pura y por supuesto también de la redimida.

Pero no olvidemos que el texto dice "...la naturaleza en muy cosas ha provisto *al hombre...*". Esto es, esa naturaleza es escasa en relación *al ser humano*, a su naturaleza inter-subjetiva, donde sus necesidades son pasadas por la cultura, dada esa naturaleza intelectual, libre, corporal e inter-subjetiva. Hasta sus necesidades más ligadas a sus potencias vegetativas y sensibles, como el alimento y etc., son pasadas, en todas las culturas, por ritos, roles y procesos simbólicos que implican una serie de "bienes" que NO están dados (escasez) por esa naturaleza a la cual Santo Tomás se refiere. Desde el arco, la flecha, las vestimentas del sacerdote, hasta llegar a las computadoras y los transbordadores especiales, nada de ello está "dado" como los frutos de los árboles, porque derivan precisamente del carácter cultural e inter-subjetivo en los cuales la naturaleza humana se manifiesta de manera plural (analógicamente, no equívocamente). El ser humano, precisamente por ser tal, necesita bienes que no están dados por la naturaleza física, sino que son productos *de su mundo de la vida*, inter-subjetivos (Husserl), sanamente subjetivos en ese sentido (subjetivos, esto es del sub-yectum, de las *personas*).

Esa es la diferencia con el animal, que sufre la escasez pero la minimiza con la lucha entre las especies, donde cada una trata de ingerir a la otra y ese es su alimento, y en ese sentido sus necesidades son satisfechas por su medio ambiente fragmento² y su dotación instintiva al respecto. El ser humano en cambio tiene mundo, mundo de la vida, cultura y de allí viene *la posibilidad de la economía*: minimizar la escasez por medio de la división del trabajo e instituciones tales como libre contrato, precios y propiedad.

En ese sentido el ser humano no tiene necesidades reales y artificiales, sino que todas son culturales en el sentido de mundo de la vida, y en ese sentido inter-subjetivas y subjetivas. Ahora podemos entender mejor que los bienes sean escasos en relación a su demanda, que es demanda subjetiva porque es lo que las personas demandan en su mundo de la vida. Desde luego, algunas de esas demandas pueden estar marcadas por el mal moral, y en ese sentido ser "artificiales". Lo bueno no es tal por ser apetecido, sino que es apetecido porque es bueno, pero a veces se apetece algo malo *sub rationi boni*, y lo que cuenta para el tema de la escasez es que lo

²Ver al respecto Coreth, Emerich, *¿Qué es el hombre?*, trad. C. Gancho, Barcelona: Herder, 1978.



apetecido no está dado, sino que debe ser (“debe” como necesidad de medio) *producido*.

Esto nos introduce en el tema de la escasez antes y después del pecado original. Podemos conjeturar (sabemos muy poco sobre ello) que de igual modo que los dones preternaturales, antes del pecado original, nos protegían de cuestiones a las cuales hubiéramos estado expuestos en estado de naturaleza pura³, de igual modo estábamos protegidos de la escasez; no, nuevamente, porque la escasez fuera mala en sí misma, sino porque el estado de gracia deiforme nos ponía en un estado de privilegio ontológico sobrenatural con respecto a las demás creaturas. Había, efectivamente, trabajo, fuimos puestos en el paraíso “...para que lo labrase y cuidase”⁴ pero parecía más bien un trabajo lúdico⁵. Conocemos en cambio lo que es el trabajo “con sudor”, después del pecado original, sudor que representa el esfuerzo que la naturaleza humana cultural debe hacer para transformar la naturaleza física en bienes adecuados a esa naturaleza cultural. Por lo tanto, volviendo a una expresión que analizamos anteriormente, al “ser arrojados al mundo”, como expulsión del paraíso originario, fuimos arrojados, por un lado “al mundo de nuestro pecado”, pero, como también ya dijimos, “al mundo como mundo creado con características de las cuales estábamos antes protegidos”. Y es ahí donde nos enfrentamos con la radical escasez de esa naturaleza creada respecto a nuestra naturaleza personal, co-personal y por ende cultural. Desde luego, la redención de Cristo borra la culpa del pecado pero no sus consecuencias en cuanto a la pérdida de los dones preternaturales, y por ende en estado de naturaleza elevada, redimida, también seguimos en situación de escasez. Si, por supuesto que los bienes han sido creados por Dios con un destino universal⁶. Ello significa que la creación de Dios es para todos los seres humanos y no para un grupo en particular, pero **no significa que los bienes en relación a lo humano están dados como los frutos de los árboles**. Ni tampoco significa, por ende, que el destino universal de los bienes, después del pecado original, borre la escasez ni, tampoco, la dispersión del conocimiento humano, ya por naturaleza, ya por defecto, como ya hemos visto. Allí surge una pregunta de “economía teológica”: *¿cómo podemos hacer para garantizar el destino universal de los bienes en esa situación de escasez de bienes y conocimiento?* La pregunta es de economía porque la respuesta pasa por

³Santo Tomás parece sugerir que en el Paraíso estábamos protegidos de lo que hoy llamamos orden ecológico, que es bueno en sí mismo; ver *Summa Theologiae*, *op.cit.*, Q. 96, a. 1 ad 2.

⁴*Biblia de Jerusalén*, Gn., 2, 15.

⁵*Summa Theologiae*, *op.cit.*, idem, ad 3.

⁶Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, 2005: N° 171.



cómo se minimiza la escasez, y la respuesta no forma parte de la revelación y por ende esa respuesta (que nosotros trataremos de dar SIN contradecirnos con la revelación) es *opinable* y no forma parte del depósito de la Fe. Pero es en parte teológica porque parte de un dato de la revelación: el destino universal de los bienes, la expulsión del paraíso y el sudor del trabajo.

En realidad, la razón por la cual es difícil, para el cristiano, concebir la escasez, es que una de las razones por las cuales podemos suponer que la escasez no nos molestaba en estado de naturaleza deiforme, en el paraíso originario, es la permanente sobre-abundancia de la Gracia de Dios. Si hay algo que NO es escaso, es la Gracia. Precisamente, es gratis, surge de la misericordia *infinita* de Dios. No tenemos *derecho* a ella, es un *don* sobrenatural. El cristiano vive en la gratuidad del don de Dios, y mucho más antes del pecado original, donde nuestra amistad originaria con Dios no había sido aún cortada por el pecado. Pero después del pecado original, esa gracia (ya cristiforme) sigue siendo gracia, y por ende infinita y super-abundante. De allí las figuras de la gracia en el antiguo testamento (el maná del cielo⁷) y las manifestaciones “físicas” del poder infinito de la gracia de Dios en el nuevo testamento, como la conversión del agua en vino, la multiplicación de los peces, los panes, etc.; los relatos son impresionantes en cuanto a lo que aún sobraba después de realizado el milagro⁸. Claro, son milagros no permanentes que anuncian el milagro permanente de la gracia de la redención de Dios, que queda en los siete sacramentos que son fuente *inagotable* de la gracia, que se manifiesta también en el Espíritu Santo que se da en Pentecostés⁹.

Esto es aquello por lo cual, me parece, el mundo de la escasez y la economía (como decíamos en el prólogo) le es a veces extraño al cristiano, como algo que “choca demasiado” con la paradójica “economía del *don*” que se manifiesta en el cristianismo y en la Iglesia. Pero, precisamente por ello, el cristiano tiene que vivir como propio el tema del *trabajo y el esfuerzo de hacer fructificar sus dones*¹⁰ precisamente después del pecado original, y vivir cristianamente *una ética de la escasez*, que es uno de los objetivos de este trabajo.

¿Es por ende mala la escasez? Ya hemos visto que no, es una condición *natural* de la humanidad (bajo supuesto de naturaleza pura), de la cual estábamos

⁷*Biblia de Jerusalén, op.cit.*, Ex. 16.

⁸*Op.cit.*, Mt. 14, 20.

⁹*Op.cit.*, Hch. 2.

¹⁰Ver al respecto Sirico, Robert, *The Entrepreneurial Vocation*, Grand Rapids: The Acton Institute, 2000.



protegidos antes del pecado original y con la cual tenemos que enfrentarnos una vez arrojados del paraíso. *No* es por ende fruto de todos los demás pecados y vicios que surgen después del pecado original, entre ellos, fundamentalmente, la codicia, la avaricia, el egoísmo, etc. Claro, después del pecado, esos vicios *agravan* la situación de escasez, *pero no la causan*. Demos una analogía y un ejemplo.

La analogía es el matrimonio. Antes del pecado original, la armonía entre lo racional y lo sensible era total pues estábamos protegidos por el don de inmunidad de concupiscencia, y por ende la pareja originaria vivía en plena armonía sexual la entrega mutua de su santo matrimonio. Después del pecado original, ello estuvo plagado de problemas, pero no por lo sexual en sí mismo, sino por el pecado que separa a lo sexual del don matrimonial. Sin embargo durante muchos siglos la praxis de los cristianos condenó a la sexualidad humana como algo casi perverso, y se dieron deformaciones donde el matrimonio era incluso pecado (los cátaros, por ejemplo) o si no lo era se lo relegaba a un lugar inferior de la condición cristiana donde los que no habían sido “llamados” *descargaban su animalidad*. No citamos a nada ni a nadie porque estamos hablando de una praxis, no de una teoría o doctrina. Sin embargo en el s. XX la doctrina y la pastoral de lo sexual cambia sanamente: *el matrimonio es también una vocación donde la santidad puede realizarse plenamente*¹¹, y a pesar de sus múltiples dificultades, a ningún cristiano se le ocurre mirar *con sospecha* a la familia, a la Iglesia doméstica, marcada precisamente por el carácter *sexuado* de la persona.

De igual modo con la escasez y las manifestaciones que surgen de ella: el intercambio, el mercado, los precios, etc. Las analogías son en parte igual, en parte diversas. La parte igual es que es natural al ser humano que los bienes sean escasos, de lo cual estábamos protegidos antes del pecado original, así como es natural el carácter sexuado de la persona humana, de cuyos de-fectos estábamos protegidos antes del pecado original. Y así como después del pecado lo sexuado se enfrenta con las consecuencias del pecado, también la escasez. La parte no igual es que antes del pecado la sexualidad de la pareja originaria se practicaba no igualmente que después, sino *mejor*, y otra diferencia es que el matrimonio es elevado por Cristo a sacramento y su ética forma parte de la revelación y la teología moral, mientras que la economía es buena pero no es sacramento y obviamente sus teorías *no* forman parte de la revelación (a este tema volveremos después). *La pregunta que cabe hacernos es si*

¹¹Vaticano II, *Gaudium et spes*, *op.cit.*, 1981: N° 47-52.



los cristianos actuales no estamos ante la economía igual que los cristianos de siglos anteriores respecto del matrimonio.

El ejemplo es el siguiente.

Supongamos que San Francisco y Fr. Martín de Porres estuvieran caminando por el desierto del Sahara y se quedan absolutamente sin agua. Supongamos a su vez que Dios no hace ningún milagro y no los provee ni de maná del cielo ni convierte las piedras en pan y agua. Como son santos, morirían santamente. Su santidad los protegería del pecado, pero no de la escasez. No se pelearían por la última gota de agua que les quedara, sino que tratarían de dársela el uno al otro. Y alabarían la voluntad de Dios. Pero morirían. La escasez seguiría estando. Sin codicia, sin egoísmo, allí está, o, mejor dicho, allí *no hay* aquello que es necesario para la vida natural.

Pero si el ejemplo fuera con cualquier de nosotros, que lejos estamos de esa santidad, las cosas no se darían igual. Tal vez terminaríamos peleándonos mucho, pero ello no sería fruto de la escasez, sino de nuestro pecado.

Pero no es necesario ejemplificar con el desierto del Sahara. Si estamos en una conferencia a las 18 hs, confortablemente alimentados y cómodos, estamos relativamente bien hasta eso de las 20, 21 o como mucho 22, y ¡qué buenos que parecemos todos! Pero supongamos que por una situación de emergencia, nos tenemos que quedar en el edificio y, para seguir con el guión de nuestra película imaginaria, toda provisión de agua y alimentos se interrumpe. Y supongamos que ello dura varios días. Al final del día 3, o 4, ¿cómo nos estaríamos tratando todos? ¿Seríamos un dechado de cordialidad y amabilidad? ¿O no aparecerían nuestras mejores y peores cosas?

Pero, como ya hemos visto, el ejemplo no implica, por ende, que si todos fuéramos muy buenos la escasez, y por ende la economía, sería innecesaria. Lo que el ejemplo pone de manifiesto es que para salir de la escasez necesitamos incentivos *normales para gente normal*, que estimule a los NO santos a trabajar, ahorrar, intercambiar e invertir. A todo lo cual debemos volver más adelante. ¿Por qué? Porque si este capítulo ha servido para algo, es para ver con más simpatía los procesos necesarios (con necesidad de medio) para la minimización de la escasez. Esto es, *porque hay escasez*, hay división del trabajo, intercambio, alguna forma de propiedad, mercado, precios, ahorro e inversión. Nada de ello es el resultado de la codicia, el egoísmo y la avaricia, sino de la escasez. Que todo ello puede estar ensombrecido de



todo ello, es obvio, como obvio es que el matrimonio puede ser ensombrecido y destruido por el egoísmo, sin que ello quite algo a la intrínseca bondad del matrimonio.

Con todo esto, volvemos a decir, seguiremos más adelante. Baste por ahora con haber reenfocado el tema de la escasez desde una antropología cristiana. Debemos pasar ahora a uno de los ejes centrales de la teología y de la economía: la racionalidad.